propia de Mlle. de Lespinasse, que sustituía en su corazón pasiones á pasiones, y aun las simultaneaba sin escrúpulos, y que proponemos se grabe en el pedestal de la estátua que levantarán al cabo á esta *ideal* heroina del amor los admiradores de las pasiones del siglo XVIII. Por si el caso llega les recomendamos como modelo para la estátua el de aquella gran meretriz de Babilonia, que describe la Escritura, vestida de púrpura, sentada sobre una bestia roja, elevando sobre su cabeza una copa de oro llena de humanas inmundicias. [1]

XVI

La desastrosa muerte del Marqués de Mora y las tristes circunstancias que la rodearon, en que no pudo menos la Duquesa de Villahermosa de considerar hasta cierto punto como cómplice á su propio marido, sumieron á esta señora en una especie de doloroso estupor, interrumpido tan sólo por fuertes ataques nerviosos y lágrimas amarguísimas. El 25 de Junio escribía el Duque de Villahermosa contestando á la carta de pésame de su cuñada la Princesa Pignatelli: "Como podréis suponer, Madame de Villahermosa está extraordinariamente afligida, (2) y ha tenido seis ó siete días de vapores y angustias continuas que no la dejaban sosegar; ha rehusado todo alimento y todo remedio, y sólo con gran trabajo he conseguido hacerla tomar algo. Ahora empieza á volver en sí; mas ha tomado tal aversión á

(1) ...*plenum* ..,*inmunditia fornicationis etus* (Apoc., XVII, 4.)

(2) El original de esta carta está escrito en francés.

las cartas, que no creo quiera leer ni aun la vuestra, y no podrá, por lo tanto, contestarla; por eso os suplico, señora, recibáis las excusas que os presento en su nombre, pues su estado es más digno de compasión que de censura."

Prolongóse por mucho tiempo este estado de Doña María Manuela, y ni la extraña boda del Conde de Fuentes con la Duquasa viuda de Huéscar, celebrada á los seis meses de muerto su hijo, ni la venida de Don Ramón Pignatelli, que atraído por las nuevas políticas y llamado por Villahermosa llegó apresuradamente á la corte, ni los alborotos continuos que estallaban en las calles de Madrid al llegar las noticias de la derrota de Argel, consiguieron sacar á la Duquesa de su postración y retraimiento. Las iras de grandes y pequeños estallaban unánimes ante tamaño desastre contra O'Reilly y Grimaldi, y mientras los más cultos acribillaban con sátiras y libelos al General y al Ministro, la gente baja llevaba su encono contra O'Reilly hasta insultar á su mujer y á su hija al entrar éstas en la iglesia de la Soledad, y pretendía incendiar la casa de Grimaldi, aplicando materias embreadas á los quicios de las puertas. El partido aragonés creyó llegada para él la hora del triunfo, y el Canónigo Pignatelli y Villahermosa, avanzando quizá demasiado, le salieron al encuentro; mas Carlos III mantuvo por entonces á Grimaldi de Ministro de Estado, "contra los tiros,—dice Ferrer del Río,—que más sañudo que nunca le asestaba el partido aragonés, bastante debilitado desde la ausencia del Conde de Aranda, y rehecho ahora á ímpetus de la agitación que agriaba los ánimos y enardecía las voluntades. Su voz llevaba D. Ramón Pignatelli, Canónigo de Zaragoza y hermano del Conde de Fuentes, y merced al gran valimiento de

que gozaba un sobrino suyo (*Villahermosa*) [1] cerca del Príncipe de Asturias, pretendía suceder á Grimaldi en el Ministerio. Como en las monarquías absolutas suele acontecer que los descontentos se agrupan en torno del inmediato sucesor á la corona, y que los patrocina y defiende de éste con más ó menos disimulo, con mayor ó menor empuje, el Príncipe de Asturias, que vivía ya bajo el predominio de su esposa, incitado por ella habló bastante alto contra los que en el descalabro de Argel fueron parte, y al son de las pretensiones de Pignatelli."

Hallábase, sin embargo, Carlos III harto envuelto entre las redes que aprisionaban á la mayor parte de los soberanos de Europa en manos de los impíos filósofos, conjura contra la Iglesia católica, para apartarse espontáneamente del camino por donde aquéllos le llevaban. Sostuvo, pues, con el tesón con que mantenía sus yerros, á Grimaldi, hasta publicarse la célebre pragmática sobre matrimonios desiguales, y llamó después al Ministerio á D. José

(1) Este sobrino de que habla Fernán Núñez en su historia manuscrita de Carlos III, y á que alude también Ferrer de Río en este pasaje, no era otro sino el Duque de Villahermosa, *sobrino político*, como decimos en España, del Canónigo, por estar casado con su sobrina carnal Doña María Manuela Pignatelli. La circunstancia de no nombrar ninguno de estos autores al sobrino en cuestión, indujo quizá á Mr. Morel Fatio á suponer en sus créditos *Estudios sobre España* que fuese D. Juan Pignatelli y Gonzaga, hijo tercero del Conde de Fuentes. Mas Don Juan Pignatelli contaba en esta época dieciocho años, pues nació el 28 de Enero de 1758, y no estaba por lo tanto, ni en edad ni en posición de mezclarse en intrigas políticas, ni de merecer ni explotar favores de Príncipes.

Moñino, otro *golilla*, filósofo también de los conjurados de España, que acababa de cubrirse de gloria en Roma arrancando al anciano é inerme Clemente XIV el breve de extinción contra los jesuitas. Hazaña era ésta, indicada como primer paso de la conjura, cuyo programa trazó Federico de Prusia, en carta memorable del 24 de Marzo de 1767. He aquí esta pérfida norma, discurrida por el *Salomón del Norte*, gloria de la masonería de su tiempo, de la cual no se ha apartado una sola línea, desde entonces hasta el día, la política de los enemigos de la Iglesia, que no han cesado de repetir contra ella, con más ó menos fortuna, el grito de Voltaire: *¡Ecrassez l'infame!....*

"No son seguramente las armas,—escribe Federico á Voltaire,—las que han de destruir *á la infame....* Morirá á manos de la verdad y de la seducción del interés. Si queréis que desenvuelva esta idea, ved lo que me ocurre. He notado, y muchos han hecho la misma observación, que en los sitios en que hay más conventos de frailes es donde el pueblo se entrega más ciegamente á la superstición. No es, pues, dudoso que si se llegaran á destruir estos asilos del fanatismo, se tornara el pueblo indiferente y tibio hacia lo mismo que es al presente objeto de su veneración. Se debería, por lo tanto, comenzar á *destruir los claustros* ó á disminuir por lo menos su número. La ocasión ha llegado, porque, así el Gobierno francés como el austriaco, están entrampados y han agotado en vano todas sus industrias para pagar sus deudas. El cebo de las abadías ricas y de los conventos de mucha renta es tentador. Representando á estos Gobiernos lo que perjudica el celibato de los frailes al aumento de población en sus Estados, el abuso del inmenso número de *cogullas* que inva-

den sus provincias y, sobre todo, la facilidad de pagar parte de sus deudas apropiándose los tesoros de las Comunidades que no tienen sucesores, creo que se determinarán dichos Gobiernos á comenzar estas reformas; y es de presumir que después de haber gustado la secularización de algunos beneficios, *la codicia les hará engullir el resto.*

"Todo Gobierno que se determine á esta operación será *amigo de los filósofos*, y protector por ende de cuantos libros ataquen á las supersticiones populares y al *falso celo de los hipócritas* que se opongan á ellas. He aquí un sencillo proyecto que someto á la aprobación del *Patriarca del Ferney*, y á él, como *padre de los fieles*, le toca rectificarlo y ejecutarlo. Quizá me objetará el Patriarca lo que deberá hacerse entonces con los Obispos, y yo le respondo que no es todavía tiempo de tocar á ellos, y que es necesario comenzar por destruir á los que mantienen vivas las llamas del fanatismo en el corazón del pueblo. Cuando éste se halle entibiado, los Obispos vendrán á ser *unos pobres diablos, de quienes los Soberanos dispondrán á su arbitrio en lo sucesivo.* El poder de los eclesiásticos *no es más que una apreciación* que se funda en la credulidad de los pueblos. Ilustrad á éstos, y el encanto cesa."

El 5 de Abril contesta el Sumo Pontífice de Ferney al rey Kadosch:

"Vuestra Majestad tiene mucha razón al decir que no son las armas las llamadas á destruir *la infame.* Las armas pueden destronar á un Papa ó desposeer á un elector eclesiástico, pero nunca destronar la impostura. No concibo cómo no habéis echado mano de algún buen Obispado para pagar los gastos de la última guerra; pero sé muy bien que no destruiréis la *superstición cristícola* sino con las armas de la razón. Vuestra idea de atacarla *por los frailes* es propia de un gran capitán. Una vez abolidos los frailes queda expuesto el error al desprecio universal. Mucho se escribe en Francia sobre esta materia; todo el mundo habla de ella; pero no consideran aún lo bastante maduro este gran negocio, y nadie se atreve á empezar, porque los devotos tienen todavía aquí crédito."

Cuando Voltaire escribía esto, habían comenzado ya, sin embargo, por los jesuitas, que con arreglo á indicaciones anteriores del mismo Federico debían abrir la marcha, por ser, según su frase, *los ganaderos de la Iglesia y los guardias de Corps del Papa.* Atrevióse primero Pombal en Portugal, siguiéronle Choiseul en Francia, Aranda en España, Tanucci en Nápoles, Felino en Parma, y cúpoles á Carlos III y Moñino la gloria de alcanzar su destrucción definitiva, dejando ya este último indicada en Roma, como amenaza, la de otras Ordenes religiosas, según puede verse en su despacho á Grimaldi del 3 de Septiembre de 1772. Véase ahora la perfecta analogía que guarda con todo este diabólico plan la siguiente importante carta del Conde de Aranda al P. Isidro López, (1) que existe inédita hasta hoy en el Archivo de Loyola.

---

(1) El P. Isidro López trató familiarmente con el Conde de Aranda, por la mucha amistad que con la piadosa Condesa tenía, y aun pasó más de una temporada huésped en su casa, siendo Procurador General de la provincia de Castilla. Apreciábale Aranda en todo su valer, y temía por lo mismo que su sagacidad y valimiento en la corte descubriesen y aun desbaratasen la cautelosa trama que urdía contra los jesuitas, sus hermanos. Complicósele por esta razón en el famoso motín de Esquilache, improvisando un testigo falso, que aseguró haberle visto disfrazado en-

"*Paris*, 3 de Junio de 1775.

"Muy señor mío: He recibido la de vuestra merced de 1º de Junio, que sin duda me han dirigido desde León los portadores, respecto á que mudarían de idea sobre venir á París. Y sin ser profeta y años antes del crítico, (1) llamaba yo á vuestra merced *l'abbé Isidore*. Quién hubiera dicho que no sólo se verificaría, sino que yo había de ser el que hiciese la fiesta. (2) Nuestro proverbio español dice que "en dando en que el perro ha de rabiar, rabia." Todo el

---

tre los grupos de amotinados, y desterrósele con gran premura de Madrid, enviándole al colegio de Monforte. Y fué cosa rara, que mientras caía el rigor de los jueces sobre el Abate Hermoso, D. Miguel de la Gándara y el marqués de Valdeflores, principales víctimas de aquel inícuo y ridículo proceso, imputándoseles como principal cargo una imaginaria complicidad con el P. López, se dejase libre al mismo Padre López en Monforte, sin tomarle siquiera declaración alguna. Prueba manifiesta de que el buen afecto personal que Aranda le tenía quiso librarle de todo riesgo, limitándose tan sólo á tenerle lejos de la corte, donde no le estorbase sus manejos. El P. Isidro López fué hombre de mucha prudencia y virtud, y dió buena prueba de su amor á la vocación y su tranquilidad de conciencia cuando llegó al siguiente año el decreto de expatriación de los jesuitas al colegio de Monforte. Hallábase el P. López por casualidad ausente, é instándole varios amigos para que se ocultase y huyese, no lo permitió en manera alguna, sino que espontáneamente se presentó en el colegio y reunióse á sus hermanos para marchar con ellos al destierro. Murió santamente en Bolonia el 7 de Octubre de 1797.

(1) Esto es, el de la Compañía en 1773.

(2) La supresión.

mundo dió en que el cuerpo *Tiratino* [1] no convenía. Yo así lo creo, y cada día más vivo persuadido de ello; como que también fuera muy útil á la cristiandad y al bien de los Estados políticos el hacer otro tanto é igual supresión de muchos otros cuerpos de uno y de dos colores. (2) El de Granaderos ya cayó; más fácil sería pegar con los demás, y no faltarían justísimas razones para ello. Entiendo que llegará un día, bien que no en los nuestros, y vuestra merced apuesto que concibe lo mismo: consuélese con haber abierto el camino y servir de ejemplar.

"Considero que un socorrillo podrá aliviar á un Abate, y no se opone á que como prójimo se le facilite, mayormente cuando ya no es *ex illis*. Por eso recibirá vuestra merced cuando éstas cuatrocientas libras de esta moneda, á fin que se arrope y empeluque; y no me retraigo de aliviarlo en sus trabajos, como experimentará vuestra merced siempre que tenga la confianza de avisármelos. He cuidado del *quondam* Fray José, (3) y lo continuaré hasta el fin de sus

---

(1) Jesuitico, teatino.

(2) De diversas Ordenes religiosas, que vestían de un sólo color ó de dos, como los Dominicos.

[3] Este Fray José de que habla, es el P. José Pignatelli, y el difunto á que alude era su hermano el P. Nicolás, á quien llama *difunto*, por ser también de los jesuitas extinguidos: el cual P. Nicolás causó en el destierro grandes sinsabores al P. José con sus genialidades, y la loca prodigalidad con que malgastaba los escasos recursos con que contaban ambos hermanos. Aranda sabía todo esto, porque Azara, que era chismoso, se encargó de propagarlo, y debe consignarse en honor de aquél, que socorrió con largueza repetidas veces á muchos de los Padres desterra-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

dias con el mayor gusto. Un difunto me le había hecho pasar alguna estrechez; pero se remedió y no volverá á sucederle.

"Si el Santísimo Padre acabase de desengañar al mundo de que los muertos no pueden resucitar, (1) creo que les haría un gran bien, y sin este medio no puede prometerse que sus huesos se trasladen á ser enterrados en su tiempo bajo el sol que nacieron. Lo demás será un fanatismo que revolverá los Príncipes hijos de la Iglesia; se tendrán firmes sobre lo hecho, y la corte romana no está ya en tiempos que se ande [2] á burlas. Mejor sería que piense en los repetidos viajes que hace á Italia la familia apostólica, y que un día ú otro puede volver á Obispo de Roma, y á la vista del Soberano á quien irá á hacer su corte como cualquiera hijo de vecino, pues le habrá pedido su confirmación cuando lo hubiesen elegido, volviendo á las modas antiguas, que como más inmediatas á San Pedro, tienen grande recomendación.

"Vuestra merced tranquilice su ánimo, confórmese con la voluntad de Dios, y crea que le estima y desea servirle,—ARANDA. [3]

"*Monsieur l'Abbé Isidore.*"

---

dos que se veían en la miseria; caridad que es argumento en contra suya, porque reconocía tácitamente la inocencia de sus víctimas, y compadecía los trabajos que él mismo les había proporcionado.

(1) Que la Compañía no puede ser restablecida.

(2) Parece decir *que se atreva.*

(3) Puesto que del Conde de Aranda hablamos, parécenos oportuno consignar un dato muy poco conocido, que, de ser auténtico arroja nueva la luz sobre este personaje. Hace doce años celebraron los masones españoles el centenario de la fundación del *Grande Oriente nacional de España*, acuñando una moneda de bronce con estas inscripciones: por el anverso: *Centenario del Grande Oriente nacional de España, celebrado en* 1880, *año* 5.º *del* 6.º *Gran Maestre.* Por el reverso: *Grande Oriente nacional de España, fundado en* 1780 *por el Conde de Aranda, primer Gran Maestre.* La medalla es auténtica y existe en poder de un elevado personaje, que nos ha proporcionado exacto facsímile metálico. En cuanto á la verdad del hecho asegurado en ella, toca probarla á los masones, que así demostrarán al mismo tiempo la estulticia é hipocresía (nosotros nos atenemos á la estulticia) de Carlos III, que publicando pragmáticas contra los masones, ponía su confianza en el Gran Maestre de todos ellos, y la deslealtad del conde de Aranda que tan inicuamente engañaba al obtuso Monarca.

He aquí adónde iba á parar el cabito que soltó de la maraña tejida en las Logias del siglo XVIII el real masón prusiano; cabito que se encargaron de hilar en su tiempo los pincipales personajes de la época, y han seguido y siguen hilando con más ó menos fortuna políticos y masones de gran renombre. Mas ni aun en el día de hoy, en que gran parte de las profecías de Aranda se han cumplido y el Padre Santo está ya á la vista del soberano sacrílego que usurpó sus dominios, hay muchos personajes oficiales, como entonces lo era Aranda, que se atrevan á soltar prendas tan atrevidas. Ya Roda, Ministro de Gracia y Justicia, había dicho antes en carta á Choiseul descubriendo hasta el fondo la hipócrita negrura de alma de aquellos hombre, viles ministros de la impiedad francesa: "La operación nada ha dejado que desear: hemos muerto al hijo (la Compañía de Jesús;) ya no nos queda más que

hacer otro tanto con la madre, nuestra Santa Iglesia Romana."

Y, sin embargo, éstos eran los hombres que se movían, y éstas las intrigas que se fraguaban bajo el amplio manto de necia hombría de bien y p'edad mujeril con que rebosaba su insipiencia el gran Rey Carlos III. Tal es la opinión de un crítico eminente, cuya ilustración no conoce rival en España, á nuestro juicio. "De Carlos III,—dice,—convienen todos en que fué simple *testa férrea* de los actos buenos y malos de sus consejeros. Era hombre de cortísimo entendimiento, más dado á la caza que á los negocios, y aunque terco y duro, bueno en el fondo y muy piadoso, pero con devoción poco ilustrada, que le hacía solicitar de Roma con necia y pueril insistencia la canonización de un leguito llamado el hermano Sebastián, de quien era fanático devoto, al mismo tiempo que consentía y autorizaba toda clase de atropellos contra cosas y personas eclesiásticas, y de tentativas para descatolizar á su pueblo. Cuando tales beatos *inocentes* llegan á sentarse en un trono, tengo para mí que son cien veces más perniciosos que Juliano el Apóstata ó Federico II de Prusia. Pues qué, ¿basta decir, como Carlos III decía á menudo: "No sé cómo hay quien tenga valor para cometer deliberadamente un pecado, aun venial?" ¿Tan leve pecado es en un Rey tolerar y consentir que el mal se haga? ¿Nada pesaba en la conciencia de Carlos III la inicua violación de todo derecho cometida con los jesuitas? ¿Qué importa que tuviera virtudes de hombre y de padre de familia, y que fuera casto y sobrio y sencillo, si como Rey fué más funesto que cuanto hubiera podido serlo por sus vicios particulares? Mejor que él fué Felipe III, y más glorioso su reinado en algunos conceptos, y,

sin embargo, no le absuelve la historia, aun confesando que hubiera sido excelente Obispo ó ejemplar Prelado de una Religión, así como de Carlos III lo mejor que puede decirse es que tenía condiciones para ser un especiero modelo, un honrado alcalde de barrio, uno de esos *burgueses* (como ahora bárbaramente dicen) muy conservadores y circunspectos, graves y económicos, religiosos en su casa, mientras dejan que la impiedad corra desbocada y triunfantes por las calles." [1]

Y como prueba de que no es desahogo de parte agraviada lo que mueve nuestra pluma, ni fueron nunca los jesuitas los más severos al juzgar á Carlos III, he aquí el juicio que de él ha dejado el Padre Manuel Luengo, de la Compañía de Jesús, contemporáneo y víctima inmediata suya, en su diario inédito que se conserva en el archivo de Loyola: (2)

"Por una parte era un Príncipe sin vicio alguno personal. Viudo desde la edad de m's de cuarenta años, no ha dado motivo de que se diga de él en materia de castidad ni la mas leve ligereza. Su porte en todo regular y cristiano, asistiendo diariamente á Misa, frecuentando los Sacramentos y haciendo todos los días y en ciertos tiempos otras muchas acciones cristianas. La caza le llevaba mucho sus atenciones y mucha parte del día, pero no gastaba ni un cuarto de hora de la noche en los teatros. Era ade-

[1] Menéndez y Pelayo, *Heterodoxos Españoles*, t. III, páginas 130 y 131.

[2] Los claros que dejamos en los siguientes párrafos corresponden á palabras indescifrables en el original por hallarse éste sumamente deteriorado, pero cuyo sentido puede suplir el lector clara y fácilmente.

más de esto liberal y generoso, recto, justo, benigno, amante de sus vasallos, muy inclinado á hacer bien á todos, compasivo y misericordioso aun con reos y culpables de graves delitos, de lo que se pudieran traer varios ejemplares. Y no se podrá creer sin temeridad que un monarca de este corazón gravísimos males á cinco mil religiosos verdaderamente inocentes, sino por haber sido sorprendido y engañado de tal modo que los creyó reos de gravísimos delitos. Yo he oído más de una vez en el destierro al P. Isidro López, que conoce el corazón y carácter de Carlos III tan bien como cualquiera de los que han estado cerca de su persona, que confesor le hubiera dicho un día por la mañana: *Señor, los jesuitas son inocentes y es malo y ofensa de Dios lo que ha hecho con ellos.* de la no ba revocada la pragmática sanción, porque fuimos desterrados de todos los dominios. Por otra parte, era por genio cándido, sencillo é inocente, no estaba dotado de ingenio perspicaz; nada instruído y versado, como regularmente sucede á los hijos de grandes príncipes; en mundo, en ardides y astucias de los políticos, imbuído en máximas venenosísimas á los que le rodeaban, por el cuidado y diligencia del indigno Tanucci, expuesto á persuadirse en que todos sus Ministros aran buenos, fieles, celosos é incapaces de hacer la menar injusticia; distraído del gobierno por la malignidad de los mismos privados suyos en fomentarle tanto la inclinación á la caza, que ésta vino á ser su principal ocupación tiempo, lo mismo con los fríos y nieves y rigores del invierno, que con los ardientes calores del verano. Este ha sido en realidad Carlos III; en su fondo justo, benigno, buen cristiano, poco aplicado al gobierno,

entregado á la caza, y muy satisfecho de estar bien servido de los Ministros. Y así, todas las cosas contrarias á esto, que ciertamente serán muchísimas, se deben mirar sin la menor duda como mentiras, ó por lo menos como hipérboles y exageraciones."

Una vez entrado en el Ministerio Moñino, apresuróse á sosegar los ánimos de los *aragoneses*, comenzando por el Príncipe y la Princesa de Asturias, que los protegían y envalentonaban. Cruzáronse corteses, aunque no muy sinceras felicitaciones entre Aranda y Moñino, y apresuróse éste á prometer al Canónigo Pignatelli su decidido apoyo para la obra del canal imperial de Aragón, como lo cumplió en efecto, satisfaciendo así los verdaderos deseos y aspiraciones de aquel noble y desinteresado patricio. Más difícil, sin embargo, juzgó Floridablanca contentar á Villahermosa, y como se hubiese éste significado demasiado en aquellas revueltas, y el gran favor de que gozaba con los Príncipes de Asturias le hiciera harto temible, pensóse entonces en alejarle honrosamente de la corte confiándole alguna Embajada. Mas disgustado Villahermosa por su parte de los negocios políticos, dedicóse de lleno, dando de mano á éstos, á sus aficiones literarias, emprendiendo el trabajo de reducir á un cuerpo de historia y cronología las fábulas griegas, y ordenando, con ayuda del Abate Casalbón, su magnífica biblioteca, atestada entonces de cuantas obras perversas habían vomitado los enciclopedistas y filósofos franceses: estos libros, prohibidos en su mayor parte por la Inquisición, habían entrado clandestinamente en España, en paquetes dirigidos por encargo de Villahermosa á Don Domingo Iriarte y á D. Manuel Roda, Ministro de Gracia y Justicia; que tal era la lealtad con que servían á su Rey aquellos hombres de su

confianza. El 1º de Julio de 1777 fué nombrado Villahermosa, por aclamación, miembro de la Academia Española, y el 8 del mismo mes tomó asiento en ella leyendo el discurso de costumbre con grande agrado de todos, según consta en las actas. Encontró en esto Villahermosa ancho campo para saciar su actividad, sin mezclarse en las intrigas políticas, y en el corto plazo de un año encuéntrase consignada su asistencia á sesenta y ocho juntas de la Academia, siendo en diez de ellas ponente, y tomando parte muy activa en la adjudicación de premios en que fué laureado el poema á las Naves de Cortés, de Don José Vaca de Guzmán, en la edición de poesías de Sánchez, y en la tercera edición del *Diccionario de la Academia*.

Mas á pesar de esta retirada voluntaria de Villahermosa, no le perdía Floridablanca de vista, hacíasele sospechosa su continua asistencia al cuarto del Príncipe de Asturias, y acabó al fin por poner en práctica su intento de alejarle, nombrándole embajador en la corte de Turín, á fines de Julio de 1777. Esta desconfianza de Floridablanca, abultada por los suspicaces y aun malévolos ojos de la diplomacia, dió lugar á que el Conde de Montmorin, embajador de Francia en España, enviase la siguiente nota al Conde de Vergennes, Ministro de Negocios Extranjeros:

"Pronto llegará á París el Sr. Duque de Villahermosa, que va destinado á la embajada de Turín. Es yerno del Conde de Fuentes, con quien ha vivido en París mucho tiempo cuando aquél era embajador; pero no por eso nos quiere más bien. Es hombre muy distinto de Mr. de Almodóvar. (1) Monsieur de Floridablanca le considera como el jefe de las intrigas que se traman en el cuarto del Príncipe de Asturias, y esto es lo que ha determinado á alejarle.. Villahermosa ha aceptado con disgusto el puesto que va á ocupar, y teme que su ausencia le perjudique. Si no se hubiese temido irritar á la Princesa, se le hubiera alejado de manera más honrosa. El Rey católico está muy prevenido contra él. Hay, en efecto, en la conducta de Mr. de Villahermosa un hecho que le favorece muy poco, si es cierto, como me han asegurado. A pesar de deber grandes favores al Sr. Marqués de Grimaldi, ha estado á la cabeza de todas las intrigas que forzaron á este Ministro á retirarse. Mr. Grimaldi es naturalmente pusilánime y tenía gran miedo al pueblo de Madrid. En consecuencia de esto, uno de los medios de que se valieron para obligarle á retirarse fué el de enviarle cartas anónimas de todas partes, amenazándole con la muerte; y como estas cartas no produjeron todo el efecto, le prendieron fuego á su casa. Pues bien, si se ha de creer lo que aseguran, este último medio fué invención de Mr. de Villahermosa, y él fué quien lo hizo ejecutar."

Ningún rastro hemos encontrado de estas pretensiones personales de Villahermosa al Ministerio, ni de las malas artes con Grimaldi de que Montmorin le acusa: constan tan sólo la amistad é influencia que con el Príncipe de Asturias tenía, y el apoyo que prestó á los deseos y causa del Canónigo Pigna-

(1) D. Pedro de Góngora y Luján, Marqués y luego Duque de Almodóvar, era entonces embajador en Lóndres. Fué de los enemigos que tuvo el catolicismo en España par aquella época: tradujo la "Historia filosófica de los establecimientos de los europeos en Ultramar," de Raynal, con el seudónimo de Don Eduardo Malo de Luque, anargama de su título, y fué denunciado al Santo Oficio como impío é incrédulo.

telli. Su cualidad de extranjero, y de extranjero en el poder, hizo siempre á Grimaldi odioso al pueblo de Madrid, y cuando el célebre motín de Esquilache, después que los amotinados invadieron y destrozaron la casa de éste, que era la muy conocida de *las siete chimeneas*, corrieron á la de su paisano Grimaldi para hacer lo mismo, sin necesidad de que les guiase Villahermosa. Júzguese si las iras que produjo en las turbas la noticia del desastre de Argel, de que realmente eran responsables Grimaldi y O'Reilly, no pudieron ser causa espontánea de aquellos nuevos excesos contra el antipático ministro italiano. Es, pues, más que probable que algún *golilla* chismoso, enemigo de Villahermosa, inspiró su nota al Conde de Montmorin, si no es que se la inspiraron á él mismo los malos ojos con que debió mirar el apoyo prestado por el Duque á un hombre como el Canónigo Pignatelli, de carácter é ideas tan contrarias á la revolución. Porque ha de tenerse en cuenta que Montmorin era sujeto de perversas ideas y malas intenciones, considerado en su patria como traidor, así por los aristócratas, que eran los suyos, como por los revolucionarios á quienes se allegó después, por simpatías ó fatal cálculo, pertenecía, aun siendo Ministro de Negocios Extranjeros, al Club francmasón de la Propaganda, que tenía por objeto, como dijimos antes, *no sólo consolidar la revolución en Francia, sino hacerla estallar en los demás pueblos de Europa y derribar todos los Gobiernos existentes.* Presidía este Club el abate Siéyes, y formaban parte de él Petion y Robespierre. (1) **Montmorin pagó sus yerros muriendo**

(1) Deschamps, *Les Sociétés sécretes y la Société* t. II, capítulo VI, pág. 139.

asesinado en la Abadía, en la horrible matanza del 2 de Septiembre.

Dos sucesos de grande importancia para la Duquesa de Villahermosa vinieron durante este período de tiempo á sacarla al fin del retraimiento en que vivía desde la muerte de Mora, proporcionándole una nueva y amarga pena, dándole el otro á gustar, por vez primera, las más puras delicias que conoció en la vida. Fué el primero la muerte del Conde de Fuentes, acaecida á las tres de la madrugada del 14 de Mayo de 1776. Este triste suceso hizo á la Duquesa intimar algo con su madrastra Doña Mariana de Silva, la cual, tan poco fiel á la memoria de su segundo marido como lo había sido éste á la de su primera esposa, volvió á casarse por tercera vez, en 1778, con el espléndido Duque de Arcos, D. Antonio Ponce de León, logrando también enterrarlo el 13 de Diciembre de 1780. Debe consignarse, sin embargo, en honor de la ilustre académica, viuda de tres maridos, que así durante sus terceras nupcias como durante su tercera viudez, miró y favoreció como á hijos propios á los dos menores, Don Juan y Don Carlos, que en edad bien temprana dejó huérfanos el conde de Fuentes. A poco de muerto éste, y cuando ya tenía Villahermosa, después de siete años de matrimonio, perdida casi la esperanza de dejar un heredero á su ilustre casa, dió á luz la Duquesa una niña, que se llamó Javiera por exigencias de su madre y conmutación del hábito ofrecido por ésta á San Francisco Javier años antes, y cuyo cumplimiento la prohibió Carlos III, por serle sospechosa esta devoción á un santo jesuita. Pombal fué más precavido, mandando borrar á tiempo del calendario á San Francisco Javier y á San Ignacio de Loyola.

Salió la Duquesa á Misa de parida con grande pom-

pa y acompañamiento, según era entonces costumbre, y fué después aquel mismo día al Monasterio de la Salesas Reales para presentar la recién nacida á su hermana Sor María Luisa Pignatelli: acompañábanla en la misma carroza la Duquesa de Béjar y Doña Francisca de Sales Portocarrero, Condssa del Montijo, educandas las dos de la Salesas Reales. Desde su más tierna infancia era la Villahermosa grande amiga de esta extraña Condesa del Montijo, que no fué otra sino la procesada por la Inquisición en 1798, madre del célebre *Tío Pedro* del 17 de Marzo en Aranjuez, jefe más tarde de la francmasonería española. En la época á que nos referimos contaba la Condesa del Montijo veinticuatro años, y era señora piadosa y de tan ejemplares costumbres como su íntima amistad con la Villahermosa y la de Béjar prueba con evidencia. Cómo esta señora de tan cristianos principios y piadosa educación pudo extraviarse hasta el punto de ser en su edad madura la fautora en Madrid del jansenismo, que nunca fué otra cosa en España sino descarado volterianismo, es cosa que asombra y estremece y hace considerar los derrumbaderos por donde la adulación y las malas compañías precipitan la vanidad de la mujer. Algunos datos curiosos que sobre la infancia de esta señora hemos encontrado en el archivo de las Salesas Reales podrán quizá explicar en parte el enconado odio de que dió muestras la Condesa del Montijo en sus últimos años contra todos los Institutos religiosos, y muy especialmente contra los frailes Capuchinos.

Fué esta señora hija de D. Cristóbal Portocarrero Guzmán y Luna, Marqués de Valderrábano, primogénito de la casa de Montijo, y de Doña María Josefa Chávez Chacón, hija de los Condes de Miranda. Murió el Marqués de Valderrábano en vida de su padre,

á los veintinueve años de edad, en 2 de Noviembre de 1757. La pena de su viudez abrumó á Doña María Josefa, y encerróse dos años en su casa, con gran retiro del mundo y austeridad de vida, hasta que mal aconsejada por un fraile Capuchino que espiritualmente la dirigía, entró en el convento de Religiosas Carmelitas, llamado de las Baronesas, abandonando á su hija, de seis años entonces, á los cuidados del viejo Conde del Montijo, su abuelo, enfermo ya y postrado por el mal de perlesía que le causó la muerte. Puso el abuelo á la tierna huerfanita de educanda en las Salesas Reales, sin que volviese á tener ella otras noticias de su madre que las que de vez en cuando le traía su tío abuelo el Cardenal Arzobispo de Toledo D. Luis Portocarrero, Conde de Teba, que con largos intervalos la visitaba. Por él supo la niña al cabo que su madre, novicia aún en las Carmelitas, había de profesar en la fiesta del Patrocinio de Nuestra Señora, 14 de Noviembre de 1762. Al día siguiente á éste, una religiosa, maestra de las educandas en las Salesas, escribía á cierta persona de toda su confianza: "Hemos sabido hoy que el Conde del Montijo continúa su mejoría, y que mañana se vestirá su Excelencia. Ayer profesó con gran solemnidad la señora Marquesa [viuda de Valderrábano], pero sin participárnoslo siquiera por un recado; la niña lloró toda la mañana, acordándose que Su Eminencia la dijo un mes ha que su madre profesaba el día del Patrocinio de Nuestra Señora, explicando su sentimiento en términos no correspondientes á su edad; lo que á mí, que soy un poco *agorera* me hace temer que fué presentimiento de la falta que la hará, pues desde que su abuelo está enfermo, ni Su Eminencia ni su abuelo Miranda, ni ninguna de sus gentes han hecho me-

moria de ella, mas que si no fuese en el mundo." A la muerte del Conde del Montijo en el siguiente año de 1763, recayó en Doña Francisca de Sales toda su ilustre casa, quedando al mismo tiempo ella en el abandono más absoluto por parte de su familia, pues ya no tuvo desde entonces ni más apoyo ni más cariño que el de las buenas Religiosas Salesas. Conserváronla éstas á su lado hasta los dieciséis años, en que contrajo matrimonio con Don Felipe Palafox Centurión, hijo del Marqués de Ariza, hombre honrado y cariñoso, que supo hacerla olvidar, durante todo el tiempo de su matrimonio, las amarguras de su infancia. Era la Montijo de ingenio muy despierto, y educada cuidadosamente por las Salesas alcanzó cierta ilustración no común entonces, llegando á poseer bien varios idiomas. Vino á sus manos, años después de su casamiento un libro francés de Nicolás de Torneux, titulado *Ilustraciones cristianas sobre el sacramento del Matrimonio*, y ocurriósele ocupar en la traducción de esta obra sus ocios de gran señora. Sometió, sin embargo, su trabajo como hija sumisa de la Iglesia, á la aprobación de un Prelado, y éste fué el Obispo de Barcelona, Don José Climent, hombre docto y austero, con ciertos ribetes jansenistas en el verdadero sentido de la palabra; el cual tan prendado quedó ó aparentó quedar del libro, que lo encabezó con un prólogo de su pluma y lo hizo imprimir en su diócesis en 1774. Y de este hecho tan sencillo y tan laudable vino á arrancar la ruina de la Condesa, porque los entusiastas elogios de los parásitos y aduladores, que convierten en prodigio cualquiera simpleza de un grande, adjudicaron unánimes á la Condesa el bonete de doctora en Teología, y quiso ella en su vanidad mantener con aplauso la honra de esta borla No llegaron las cosas á mayores mientras el cariño inteligente del Conde pudo moderar la vanidad y corregir los errores de su esposa; mas una vez viuda ésta, en 24 de Octubre de 1790, rodeóse al punto de cuantos la adulaban y aplaudían, y poco á poco convirtióse su tertulia, si no en *bureau d'esprits* á la moda de Francia, en madriguera clandestina de lo más perdido y disoluto que existía por aquel tiempo entre el llamado clero jansenista de España. ¿Reverdeció entonces en el corazón pervertido de la mujer ya madura, y al calor de la ponzoña volteriana, la antigua antipatía al estado religioso, que inspiró á la cándida niña aquella falsa vocación que la privó de madre y aquel imprudente director que la aprobaba?....Es lo cierto que la Condesa del Montijo se hizo entonces célebre por su odio á los Institutos religiosos y por los epigramas burlescos contra los frailes, de que se la supone autora, y que corrieron en boca de todos los que se educaron en los cinco primeros lustros de este siglo. "Estos obscenos é impíos epigramas,—dice Don Vicente Lafuente,—eran recitados de sobremesa en los convites y francachelas, á que convidaba Godoy á la autora, aunque se dice eran más bien de otro poeta afrancesado. En aquellos epigramas *hace siempre el gasto* un Capuchino, algún confesor de monjas, ó por lo menos alguna beata. Lo malo que se publica ahora, apenas alcanza el cinismo de aquello."

Hubo al fin públicas denuncias del conventículo jansenista; tomó el Nuncio cartas en el asunto, y vióse obligada la Inquisición, tan abatida ya y aun corrompida, á entablar una sombra de proceso que hizo huir á la Condesa del Montijo de la corte. Retiróse á Logroño, donde siguió en correspondencia con el renegado Obispo de Blois, Gregoire, y otros cléri-

gos revolucionarios franceses, muriendo al cabo en 1808, con la triste gloria de ser el primero y último ejemplar de señora, encausada por materias de fe, entre las damas de la grandeza española. (1)

XVII

Por Agosto de 1778 recibió la Duquesa de Villahermosa la siguiente expresiva carta de la célebre Duquesa de Alba, Doña María Teresa de Silva, hija de su madrastra, casada en 1773 con D. José Alvarez de Toledo, Marqués de Villafranca.

"María Manuela mía: Nadie te compadece tanto como yo, pues sé por experiencia el dolor que causan semejantes pérdidas. La única consolación que te debe mitigar la pena. es que ella goza de una felicidad eterna, y que cuanta hubieras querido procurarla no puede tener proporción con la que disfruta, y tienes una abogada para que Dios te conceda otros hijos que reparen su pérdida. No puedes dudar te acompaño muy de corazón en tu pena, y que desearía poderte procurar la fuerza y resignación que se

[1] En la galería de cuadros del Excmo. Sr. Duque de Alba existe un magnífico retrato, original de Goya, de la condesa del Montijo Doña Francisca de Sales Portocarrero. Hállase representada ésta en actitud de bordar en un bastidor, y rodeánla sus cuatro hijas Doña Ramona, Doña María Tomasa, Doña María Gabriela y Doña María Benita de los Dolores, que fueron respectivamente Condesa de la Containa, Duquesa de Medinasidonia, Marquesa de Lazán y Marquesa de Belgida. Estas señoras, educadas por su misma madre en sus tiempos de virtud y recato, lamentaron mucho los extravíos de aquélla y fueron siempre modelos de señoras de su clase.

necesita en estas ocasiones; pero no hay otro remedio que pensar en la voluntad de Dios y pedirle te asista para que tu salud no se resienta de este trabajo; lo que deseo, como que creas es tu fina amiga de corazón.—*María Teresa.*"

Esta carta es la única noticia que hemos encontrado sobre la muerte de la niña Javiera, primogénita de los Villahermosa, que debió acaecer á los dos años próximos de nacida y sumir á sus padres en el mayor desconsuelo. El diario del Duque interrumpido en estiempo, no vuelve á reanudarse hasta el 1º de 1779, y en ésta época aparecen ya ambos esposos en París. haciendo allí escala, como era costumbre de los embajadores, para continuar luego el viaje á Turín y tomar posesion de su Embajada. La amarga melancolía que traen siempre consigo los recuerdos felices evocados en tiempos de desgracia, posesionóse del corazón de la Duquesa al encontrarse en París, donde todo le recordaba á cada paso la memoria de su madre, de su padre, de Mora, su desdichado hermano; y sin que la menor queja saliese de sus labios, ni denunciara tampoco su pena ninguna de esas confidencias. á veces imprudentes, que suben del corazón á los labios en momentos de angustia, unióse á la tristeza de sus recuerdos la amargura que el abandono é indiferencia del Duque la causaban; porque las gentes y la vida de París reverdecieron en éste sus gustos de otros tiempos, y prescindiendo por completo de su esposa, entregóse de lleno durante aquellos meses á los placeres de sociedad, las relaciones diplomáticas y las aficiones científicas de que por aquel entonces hacía pública gala.

"Así como en el otro libro,—dice el Duque en su diario;—puse la relación circunstanciada de la vida de un mes que llevé en Madrid. voy á poner en éste